

7

FUE UN ENCUENTRO CASUAL, uno de esos imprevistos con categoría de destino.

Al principio todo quedó en un sobresalto; un terror electrizante que lo dejó paralizado. En seguida reaccionó; algo había que hacer para salvar a aquel pez.



Estaba allá, en los fondos, atrapado por una piedra, su cuerpo agitando aturcido, sus lamentos desmayados.

—No te preocupes; yo te salvaré.

El lugar era sombrío, sin embargo bastó acercarse al rostro del pez para darse cuenta de que sus ojos, aunque ateridos, eran como dos luminarias brillantes.

—Procura aguantar.

Y empezó a picotear su cola para intentar arrastrar el cuerpo apesadado.

Pero la piedra apenas se movía y el pez no conseguía liberarse del cerco.

—Buscaré ayuda.

Rompió entonces a nadar de prisa de un lado a otro, forzando el resuello y formando cabriolas grotescas para llamar la atención.

Pero el lugar estaba desierto y ningún esguín atendió su requerimiento.

Se trataba de una parcela oscura, de fondos pegajosos y corrientes traidoras; un fragmento de río que la mayoría de los peces rehuían cuando llegaba la noche.

Pensó en alejarse de allí para solicitar socorro. Pero el pez atrapado le suplicó que no le abandonara:

—No me dejes sola.

Era una hembra. Una hembra desvalida, de mirada suplicante y voz medio apagada por el cansancio.

—Me estoy quedando sin fuerzas.

Inmediatamente procuró barrer la piedra con sus coletazos, tal como habían hecho en el remanso con los tesoros que el hombre lanzaba desde la orilla. Pero sus coletazos sólo servían para remover los fondos y enturbiar aún más la suciedad del agua.

—No temas, haré lo que sea para salvarte.

Y lo hizo. Fue una idea repentina que a duras penas llegó a madurar; uno de esos ramalazos afortunados que a veces pueden ser catastróficos.

—Voy a servirte de cuña.

Y antes de darle tiempo a reaccionar metió la cabeza entre la piedra y el cuerpo de la cautiva:

—Procura liberarte en cuanto la presión ceda.

Ni siquiera pensó en que aquella solución podía provocarle su propio aprisionamiento. El cuerpo de Patricio era muy joven y su vigor le impedía barruntar peligros.

Fue cuestión de unos instantes: tras la cabeza metió su cuerpo, lo arqueó, levantó la piedra con el dorso y la dejó caer de nuevo, desplazándola hacia un lado.

Lo demás sucedió de un modo inconsciente: dos coletazos rápidos, conjuntados, certeros. Y enseguida la liberación.

—Lo hemos conseguido.

Estaban los dos frente a frente, distendidos; las mentes ligeramente ofuscadas.

Era igual que resucitar. O como si en el río naciera de nuevo.

Después llegó el alivio; y las explicaciones:

—Me llamo Patricio.

Y ella le dijo que se llamaba Potámide

—Como la ninfa del río.

Pero Potámide no era una ninfa, era un esguín. Un esguín todavía tembloroso que acababa de escapar a una muerte segura.

—Llevaba tanto tiempo apresada.

Jadeaba sonriente, agradecida.

—Ya no me quedaban fuerzas.

Patricio le señaló una piedra mohosa:

—Procura descansar.

Pero Potámide no se movió. Se quedó frente a él como si el descanso no le importara y la piedra mohosa no existiera.

—Jamás olvidaré lo que has hecho por mí

Y Patricio pensó que tampoco él podría olvidarla a ella fácilmente. Debía de ser imposible olvidar aquella mirada penetrante, y aquella voz suave, y aquellas escamas todavía sin madurar.

—Por mucho tiempo que pase, siempre recordaré que me has salvado la vida.

Y sin esperar respuesta comenzó a nadar río arriba, ligera, flexible, dejando una estela casi imperceptible por donde pasaba.

Después llegó el silencio.

Y la sensación de un vacío grande, igual que si Potámide se hubiera llevado consigo la clave de su propia vida.

Era extraño saberse salvador de un pez. Era como cometer una hazaña fuera de toda lógica. Ni él mismo se explicaba aquella anomalía, sobre todo cuando divisó la piedra que él mismo había desplazado al arquear su cuerpo. De hecho era lo mismo que haber cambiado el curso de las aguas, o contemplar los rayos del sol en plena noche.

De cualquier forma era agradable sentirse héroe y haber actuado como un verdadero bical.

También lo era saber que Potámide no tenía intención de olvidarlo: “Mañana, en cuanto amanezca, procuraré dar con ella nuevamente.”

Pero el río era muy grande y Potámide, no aparecía.

En vano preguntó a muchos esguines dónde podría encontrarla. Ninguno pudo darle razón de ella:

—Tal vez se fue hacia el torrente.

Pero cuando llegaba al sitio indicado Potámide no estaba allí:

—Dirígete a la cañada.

Inútil, Potámide parecía haberse esfumado.

A pesar de todo no se cansó de buscarla. Algo le decía que su destino era ella, y que en adelante nada podría tener valor al margen de su presencia.

Y las horas transcurrían vacías, como detenidas en su propio tiempo. Y el significado de las cosas perdía consistencia. Hasta la superficie con sus insectos eran meros accidentes carentes de interés; un lugar híbrido que sólo servía para mediatizar el aire y el agua.

Casi todas las noches soñaba con ella. Eran sueños mágicos, como arrancados del futuro. De pronto se veía a sí mismo bajando al mar con Potámide al lado. Y todo en aquellos sueños era un delirio de relieves y colores.

Nada en ellos carecía de sentido. Antes al contrario. Era como si un mundo de horizontes amplios fuera abriéndole paso a la más codiciada realidad. Y sus tribulaciones se esfumaban. Y su tristeza se disolvía.

Era una forma nueva de estar en el río; un extraño modo de gozar de sus secretos: “Algún día, cuando Potámide crezca, realizaremos juntos el rito de la danza”, se decía así mismo cuando despertaba.

Porque estaba seguro de que todo lo que había soñado acabaría por cumplirse.

Pero tardó mucho en encontrarla. A veces el río se volvía adusto y se negaba a provocar situaciones gratas. Nada importaba que el agua reluciera apaciblemente; en el fondo, cuando manifestaba su hostilidad era como si una niebla pegajosa desconcertara las aguas y las ensuciara de desalientos.

Dio por fin con ella cuando una noche se disponía a meterse en su refugio.

— ¿Dónde estabas, Potámide?

Se lo preguntó con cierto tono de reproche, como si Potámide le hubiera esquivado expresamente.

—También yo te he buscado a ti —le confesó ella sin rodeos.

Y al acercarse vio que su cuerpo temblaba como el día en que él la había liberado de la piedra.

—No debimos separarnos.

Lo habían comprendido desde el instante mismo que se habían encontrado.

—¿Por qué te fuiste?

—No lo sé. Me convertí en un esguín cualquiera.

Pero Potámide no era un esguín cualquiera. Podía comprobarse aquella diferencia en la emoción que reflejaba y en aquella forma de mirar entre desvalida y risueña.

Entonces Patricio le habló de la soledad del esguín; del error que suponía vivir siempre tan aislados.

—Podríamos ser distintos.

Y gozar de la convivencia. Compartirlo todo:

—Incluso la comida.

Tampoco ella estaba de acuerdo con las reglas del distanciamiento:

—Me he negado siempre a ser como ellos.

Y al oírle decir aquello fue como si mil heridas se cicatrizasen o como si los mil interrogantes que tanto le habían atormentado se llenaran de respuestas:

—Será como descubrir un nuevo río.

Y a partir de entonces ya no se separaron.